

IRENE ADLER

SHERLOCK LUPIN Y YO

El BARCO de los ADIOSES

FAREWELL'S HEAD

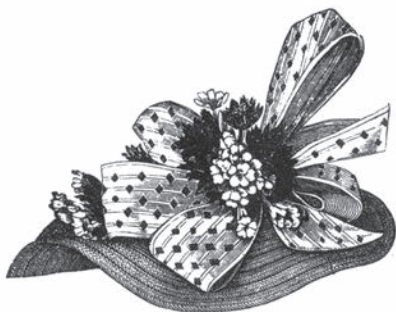
1872



DESTINO

Irene Adler

El barco de los adioses



DESTINO

Todos los nombres, personajes y detalles relacionados con este libro, copyright de Atlantyc Dreamfarm s.r.l., son propiedad exclusiva de Atlantyc S.p.A. tanto en su versión original como en las traducciones o adaptaciones de los mismos. Todos los derechos reservados.

DESTINO INFANTIL & JUVENIL, 2018
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta S. A.

Título original: *La nave degli addii*
© de la traducción: Miguel García, 2018

© 2016 Atlantyc Dreamfarm s.r.l., Italia
© 2018 de la edición en lengua española: Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Publicado mediante acuerdo con Book on a Tree Ltd.
Texto de Pierdomenico Baccalario, Alessandro Gatti y Lucia Vaccarino
Diseño gráfico: Iacopo Bruno
Edición original publicada por Edizioni Piemme, S.p.A

Derechos internacionales © Atlantyc S.p.A., via Leopardi 8 – 20123 Milán, Italia –
foreignrights@atlantyc.it / www.atlantyc.com

Primera edición: marzo de 2018
ISBN: 978-84-08-18247-4
Depósito legal: B. 2.663-2018
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. Para más información contactar a Atlantyc S.p.A. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

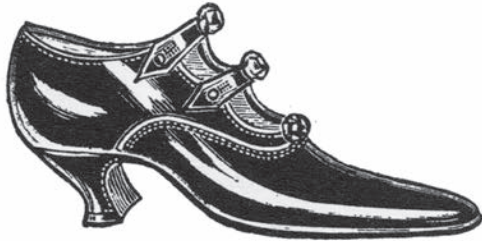
ÍNDICE



1. <i>Una princesa y un espejo</i>	5
2. <i>Un carruaje y un aristócrata</i>	13
3. <i>Una madre y una hija</i>	23
4. <i>Un laberinto y un reloj de agua</i>	31
5. <i>Una chica y una vela</i>	41
6. <i>Un médico y un libro</i>	45
7. <i>Una sorpresa y un susto</i>	55
8. <i>Una hoja y una duda</i>	67
9. <i>Un amigo y otro amigo</i>	79
10. <i>Una despedida y una desavenencia</i>	93
11. <i>Un paseo y un desaire</i>	107
12. <i>Un mensaje y una cena</i>	121

<i>13. Un encuentro y una sospecha</i>	<i>141</i>
<i>14. Dos habitaciones y una aclaración.....</i>	<i>151</i>
<i>15. Una tarta y un grito</i>	<i>159</i>
<i>16. Un cuchillo y un piano</i>	<i>167</i>
<i>17. Una desaparición y una idea.....</i>	<i>179</i>
<i>18. Un conciliábulo y un incendio.....</i>	<i>199</i>
<i>19. Una fiesta y un caballo.....</i>	<i>213</i>
<i>20. Un ardid y un claro</i>	<i>221</i>
<i>21. Un adiós y un nuevo comienzo.....</i>	<i>237</i>
<i>Epílogo: Adiós, amigos</i>	<i>247</i>

UNA PRINCESA Y UN ESPEJO



A

veces te miras al espejo y no te reconoces. El rostro que tienes delante no es el tuyo, sino el de una desconocida, una chica de catorce años sin nombre.

Sabía que me llamaba Irene y sabía que era adoptada. Leopold y Geneviève Adler habían sido unos padres intachables. Ella había muerto por mi culpa en su casa de París, asesinada por un ladrón al que, junto con mis

amigos, yo había desafiado con mi habitual impetuosidad. Leopold, por su parte, había desaparecido, tragado por la niebla que, me parecía, cubría Inglaterra entera. Niebla, niebla y nada más que niebla.

En el transcurso de los dos últimos años, había aprendido a no fiarme de nadie, con poquísimas excepciones: Leopold, del que ahora el destino me había alejado para arrojarme, de la manera más brusca que pueda imaginarse, a un nuevo periodo de mi vida, entre los viejos muros de esta mansión fría y magnífica; Horace Nelson, naturalmente, nuestro infatigable mayordomo y amigo de confianza; y dos chicos poco mayores que yo, Arsène Lupin y Sherlock Holmes.

A esta cortísima lista de personas siempre había añadido una quinta: yo misma. Pero, como he escrito al principio de esta enésima página de mis diarios, el rostro que veía reflejado en el espejo no me inspiraba ninguna confianza.

¿Era la cara de Irene aquella que contemplaba, reflejada en la superficie de vidrio? ¿O era la de María von Hartzenberg? ¡Oh, cielos, ni siquiera acertaba a pronun-

ciarlo! ¿Cómo podía ser mi verdadero nombre si los labios se me entumecían cada vez que intentaba decirlo? ¿Cómo podía ser yo?

Me hacían falta toda mi determinación, mi terquedad y también cierta dosis de sentido del ridículo para aceptar lo que me había sucedido.

—Adelante, habla, María, dime qué piensas de toda esta historia de locos —dije en voz alta, casi retando al rostro del centro del espejo—. Tú no eres Irene y no formas parte de la familia Adler. Pero eso ya lo sabías, ¿no es cierto? Por lo tanto, no es ninguna locura, sino solo esa verdad que tantas veces has invocado...

Suspiré.

—Pues bien, aquí está la verdad: tu auténtica madre se llama Sophie. Y esto también lo sabías. Alexandra Sophie von Klemnitz. Ya os habíais conocido y apreciado. Luego os odiasteis, cuando Geneviève murió por culpa... tuya.

Sentí en las yemas de los dedos la superficie helada del espejo y las dejé ahí, como si quisiera absorber el frío. Necesitaba toda la frialdad del mundo para seguir adelante.

—Irene era una chiquilla inquieta en busca de aventuras... —continuó diciendo mi cara en el espejo—. Una chiquilla que estudiaba con un preceptor, tomaba clases de canto y, sobre todo, pasaba las tardes en Londres con dos personas extraordinarias. Dos personas que, igual que Leopold y Horace, ahora ya no están a su lado...

Noté que se me saltaban las lágrimas, impotente, pero me obligué a aprisionarlas detrás de los párpados. Inspiré a fondo el aire salobre y aparté los dedos del espejo para ponerme la mano en la base del cuello.

—Mi nombre es María von Hartzenberg, princesa de Bohemia, ocultada por su verdadera madre para salvarle la vida. María von Hartzenberg es una princesa y, como tal, debe ser protegida, porque su vida está en peligro... La suya y la de todas las personas que le son queridas, puesto que ¡algunos hombres fieles al usurpador que ahora se sienta en el trono de Bohemia quieren matarla!

Levanté la mano e hinché el pecho con otra inspiración profunda, que ahuyentó definitivamente las lágrimas pero me dejó postrada, como vacía. «¡Pues que


UNA PRINCESA Y UN ESPEJO

maten a esa María con tal de que dejen libre a Irene!» pensaba.

La pálida muchacha del espejo, no obstante, contaba una historia muy distinta.

—Te guste o no, este es nuestro refugio. Ahora estamos con Sophie aquí, en Farewell's Head, una mansión al borde de un acantilado... ¿No oyes el mar? Solo tú, tu madre y nuestro anfitrión, el gentilísimo sir Bewel-Tevens, sabéis dónde nos encontramos. Farewell's Head es un lugar secreto y protegido en alguna parte del norte de Gales. Leíste de pasada el nombre del pueblo la noche que te trajeron aquí, a Oakenholt. Y lo buscaste en el atlas que sir Robert tiene entre los volúmenes de su biblioteca...

Pronunciaba aquellas palabras ante el espejo con la esperanza de que pudieran aportarme un poco de calma. Pero no fue así. Mi corazón se puso a latir con más fuerza, mis pensamientos se volvieron más rápidos y confusos.

—Tienes razón... Es una pésima biblioteca, de una madera demasiado oscura... Y lo que a ti te gustaría, en

cambio, es que el señor Nelson estuviera aquí contigo para prestarte una de sus novelas de aventuras o de terror, que desde hace años ambos leéis a escondidas de Leopold. Y... ¡maldición! —exclamé cuando una lágrima, al final, brotó y resbaló por mi mejilla, rebelde y rabiosa como mi ánimo, incapaz de aceptar los hechos de aquellas últimas semanas, que me hacían sentir como un estúpido títere en manos de un desconocido.

Me la enjugué con el dorso de la mano, con un gesto brusco, y luego impuse a aquel monólogo el final que deseaba oír:

—Así pues, Irene, ahora te portarás como una buena chica y dejarás pasar los días escuchando el mar que rompe contra el acantilado, leyendo libros aburridos y entradas de la enciclopedia hasta que te digan (¿quién te lo dirá, Sophie o el gentilísimo sir Robert?) que puedes volver a casa. A Londres, con Sherlock, Lupin y Horace, con Leopold y sus mil negocios, su jerez y su pipa. Con la gentuza de los muelles y los criminales que se esconden como ratas, con los policías de Scotland Yard y la amable señorita Langtry, que sostiene que tienes ta-



UNA PRINCESA Y UN ESPEJO

lento para el canto, y con todos aquellos, en suma, que forman parte de tu verdadera vida... —Cogí aire y me esforcé por sonreírme—. Porque es así como marchará todo si te portas bien y obedeces, y si por unos días pones empeño en no ser demasiado... Irene.

En los instantes de silencio que siguieron, oí ladrar a los dos mastines de sir Robert. Y, después, el lejanísimo ruido de las ruedas de un carruaje que se acercaba por el camino.

—Y ahora, para terminar, ¿estás lista para bajar como corresponde a una auténtica princesa? —me pregunté.

Esperé unos segundos antes de golpear con el tacón de mi zapato el centro exacto del espejo, donde se clavó en medio de una corona de rajaduras.